

CAPÍTULO 1. CONTEXTO Y PUNTO DE PARTIDA

Durante la mayor parte de mi carrera profesional, mi interés por el Cuarto Evangelio fue nulo; de hecho, me desagradaba, pues me parecía que presentaba a un Jesús muy poco humano. Juan sostenía la preexistencia de Jesús –es decir, que vino a la tierra desde otra vida en otro lugar–, y su clarividencia –es decir, que conocía la vida de las personas y su pasado antes de estar con ellas–. Incluso parecía que adivinase lo que pensaban mientras hablaba con ellas. Además, el Jesús del Evangelio de Juan no parecía que sufriese por su crucifixión. No mostraba ansiedad ante el destino que le esperaba ni ningún rechazo a «beber este cáliz», como él decía; de hecho, según Juan, era para lo que había nacido.

El papel del Cuarto Evangelio en el desarrollo de los credos y dogmas establecidos por la Iglesia eran la principal causa de mi rechazo. Dado que la doctrina ortodoxa de la Iglesia se basó en su interpretación literal, el evangelio de Juan ayudó a justificar espantosos episodios de la historia cristiana, como las persecuciones por herejía y la Inquisición. A medida que pasaban los siglos, parecía que este evangelio imposibilitaba un discurso razonable sobre la naturaleza de Cristo. Cada uno de los credos que fueron apareciendo en la historia de la iglesia parecía haber sido redactado fundamentalmente para desvirtuar la experiencia de Jesús mediante palabras limitadas y luego deformadas con el tiempo. El credo original de la iglesia cristiana eran sólo tres palabras: “Jesús es el Mesías”. Creo que éste es todavía el mejor de todos ellos. Cuando el cristianismo pasó, de un mundo judío, donde el significado de la palabra “mesías” estaba claro, a un mundo gentil, donde esa palabra era extraña y desconocida, “Jesús es el Mesías” se convirtió en “Jesús es el Señor”. Ese cambio, a su vez, significó para el cristianismo una comprensión nueva y diferente de la persona de Jesús (es decir, de la cristología, que pasó, de ser judía, a ser griega y romana). La siguiente etapa del desarrollo del Credo comenzó con las formulas bautismales de los siglos II y III, que más tarde evolucionaron hacia lo que hoy llamamos el Credo de los Apóstoles, aunque creo que ninguno de ellos habría reconocido ese texto como algo que expresase de veras su visión de Jesús.

Llegó entonces el Credo Niceno, aprobado por el Concilio de Nicea en el 325 d.C., y poco después su sucesor, el ataque de tres páginas contra cualquier desviación de “la fe católica” conocido como el Credo de Atanasio, de finales del siglo IV, que, gracias a Dios, nunca se utilizó en la liturgia colectiva. Estos credos –el de los Apóstoles, el de Nicea y el de Atanasio– reflejaban tanto un universo en tres niveles como un dualismo griego al intentar definir a Jesús de Nazaret como la encarnación del dios teísta que vivía en el cielo, además de

como la segunda persona de “la divina y eterna Trinidad”. El Cuarto Evangelio fue la fuente bíblica a la que hacía referencia casi exclusivamente Atanasio, el “campeón de la ortodoxia” del siglo IV, en los debates doctrinales de la época. Los credos, por definición, son siempre textos que levantan barreras. Con esto quiero decir que los credos son intentos de la jerarquía de dibujar tan firmemente las líneas teológicas que sea fácil determinar quién está dentro y quién está fuera, quiénes son los creyentes “ortodoxos” y quiénes, los “heréticos”. El Credo Niceno definía a Jesús con una “retórica que no dejaba hueco a ningún resquicio”. Escuchad sus redundantes palabras: Jesús es “hijo unigénito del Padre, nacido antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho”; si Jesús “bajó del cielo” fue “por nosotros y por nuestra salvación”. Estas definiciones dejan ver la influencia del Cuarto Evangelio en cada línea. Fueros estas conexiones con el credo las que redujeron al mínimo mi interés por este Evangelio, aunque no fuese más que porque una ortodoxia impuesta no es nunca real ni vital.

Sentía que estos credos habían encerrado a Jesús en un mundo pre-moderno, habían definido a Dios como una deidad invasora, proveniente de una especie de espacio exterior, que obraba milagros y que hacía muy difícil, casi imposible, el fomento del diálogo en el mundo. Se suponía que el estudio teológico conocido como “apologética” se encargaba de adaptar la experiencia de Jesús a las formas de pensamiento de la sociedad contemporánea, pero, en realidad, se había convertido en la defensa de formulaciones no sólo antiguas sino también anticuadas. Esto quiere decir que, a lo largo de la mayor parte de mi carrera, primero como sacerdote y después como obispo, vi el Evangelio de Juan más como un problema que como una ayuda de cara a mi ministerio. Así que mi táctica fue evitarlo siempre que pude, ignorarlo cuando no pudiera evitarlo, y resignarme al hecho de que estaba en el canon de las escrituras. A veces le daba vueltas a este evangelio. Otras veces lo atacaba o, al menos, atacaba a aquellos que, según creía yo, no lo habían entendido y/o habían hecho un mal uso de su mensaje. La realidad es que no quería perder mucho tiempo con él. Un buen amigo me dio un ejemplar del comentario de Rudolf Bultmann titulado *El Evangelio de Juan* a comienzos de 1974. Lo coloqué en una estantería y ni siquiera empecé a leer la portada hasta el 2010, ¡un intervalo de 36 años! Para uno que se precia de ser intelectualmente curioso, es más bien un record.

Hacia el final de mi carrera activa, hubo algunos hechos que hicieron tambalear mi opinión. Uno fue mi desilusión respecto a la “teología de la salvación” o de la expiación. Esta teología se centra en la inmoralidad y la debilidad humana, y retrata a Dios como a un “rescatador divino” de quien

dependemos totalmente. Para la mayoría de la gente, aun sin usar estas palabras, la teología de la expiación es la fuente principal de su representación del cristianismo. Está presente en casi todas las formas litúrgicas utilizadas en la mayoría de las iglesias. Más adelante, cuando sea oportuno, explicaré el origen, el desarrollo y el poder de este paradigma de pensamiento, y lo relacionaré con sus fuentes en las Escrituras. También explicaré por qué esta concepción ya no tiene sentido, debido a la generalización de los nuevos conocimientos en Occidente, lo que ha hecho que el concepto de Dios propio de esta teología se haya convertido, tanto en un “vagabundo”, sin hogar donde vivir, como en un “parado”, sin empleo en un mundo que ha superado la edad de los milagros.

A medida que, en los últimos años de mi carrera, me hacía consciente del fracaso de esta forma de entender el cristianismo, y mis escritos comenzaban a intentar formular lo que llamé “un nuevo cristianismo para un nuevo mundo”, ocurrieron varias cosas que me impulsaron a abrir mi mente y me invitaron a mirar el Cuarto Evangelio de una forma nueva.

Primero, comencé a estar cada vez más convencido de que el Evangelio de Juan era un libro judío. No era, tal como los eruditos de principios del siglo XX habían empezado a afirmar, ni un trabajo fundamentalmente gnóstico, ni un texto influido por el helenismo, ni tan siquiera un libro influido por Filón, un filósofo judío del siglo I que intentó fusionar Jerusalén con Atenas. Era, más bien, como empezaba a descubrir, un libro auténticamente palestino-judío. Después de haber desarrollado en un libro anterior un estudio sobre Marcos, Mateo y Lucas, entendidos como textos surgidos a partir de la liturgia de la sinagoga y organizados en torno al año litúrgico judío, con sus festividades y días de ayuno¹, ahora me preguntaba si podría encontrar una clave de un trasfondo similar para desentrañar a Juan. Encontré entonces un libro escrito en 1960 por Aileen Guilding titulado *El Cuarto Evangelio y el culto judío: un estudio de la relación del evangelio de San Juan con el sistema leccionario judío antiguo*². A medida que lo devoraba, el libro me iba abriendo un nuevo acceso al evangelio de Juan. Aun así, todavía no sabía qué hacer con las afirmaciones sobre una pre-existencia divina de Jesús, o con las ideas de que Jesús era la palabra de Dios hecha carne y, por ello, un hombre que compartía la unidad con Dios.

Comencé entonces a trabajar en mi libro, publicado en 2009, *Vida Eterna: Una nueva visión. Más allá de las religiones, más allá del teísmo, más allá de cielo e infierno*³, que me sumergió en el estudio sobre los orígenes de la vida. Leí sobre

¹ Hago referencia aquí a mi libro *Liberating the Gospels. Reading the Bible with Jewish Eyes (La liberación de los evangelios. Leyendo la Biblia con ojos judíos)*. San Francisco: HarperCollins, 1996.

² Guilden, Aileen. *The Fourth Gospel and Jewish Worship: A Study of the Relation of St. John's Gospel to the Ancient Jewish Lectionary System*. Oxford: Clarendon Press, 1960.

³ *Eternal Life: A New Vision. Beyond Religion, Beyond Theism, Beyond Heaven and Hell*. San Francisco: HarperOne, 2009. Hay traducción castellana, de 2014, de la editorial Abya-Yala de Quito (Ecuador).

astrofísica y biología. Viajé a lugares remotos del mundo, incluidos la Selva Amazónica, las Islas Galápagos, el Parque Kruger (la reserva de animales más grande del mundo, situado en Sudáfrica) y la Gran Barrera de Coral, al norte de Queensland (Australia), para estudiar la vida en sus diversas formas. En cada uno de estos escenarios, mi plan era estudiar cualquier manifestación de vida (vegetal, de los insectos, animal e incluso vida unicelular). Estudié el desarrollo de la conciencia, luego el de la auto-conciencia, y finalmente me abrí a la posibilidad de que hubiese algo llamado conciencia universal. Comencé a repensar, y en última instancia a descartar, la definición teísta de Dios, y empecé a alejarme de una comprensión de Dios como “un ser”, para acercarme a una comprensión de Dios como “el Ser en sí” o, como diría Paul Tillich, el teólogo que más me influyó en el inicio de mi carrera, “la Esencia de Ser”.

A partir de aquí empecé a modificar mi concepción sobre el misticismo, sobre las nuevas dimensiones de conciencia que parecían lograrse en la experiencia mística y, más específicamente, sobre las formas del misticismo judío durante el siglo I. Con este trasfondo, de repente, el evangelio de Juan empezó a desplegarse ante mí como un trabajo de misticismo judío, y el Jesús del evangelio de Juan se convirtió, no en un visitante venido de otro lugar, sino en una persona en la que había surgido una nueva conciencia de Dios. Ahora, vista desde esta nueva perspectiva, la afirmación de la unidad de Jesús con el Padre no significaba que Jesús fuera la encarnación de Dios; era simplemente un lenguaje místico. Afirmaciones de Juan tales como “si me habéis visto a mí, habéis visto al Padre” o la expresión “Yo soy”, por las que el Evangelio de Juan hace que Jesús se atribuya el nombre de Dios, e incluso el propósito del Jesús de Juan de dar vida a una nueva plenitud, se convertían en atractivas “puertas” de acceso hacia lo que este evangelio podía significar en realidad.

Pertrechado con esas ideas provenientes de fuentes tan diversas, me adentré en un estudio del evangelio de Juan que me llevó más de cinco años. Fue una de las experiencias de aprendizaje más enriquecedoras de toda mi vida. Aparte del periódico y de algún libro que me había comprometido a promocionar o a revisar, no leí nada en esos años que no fueran trabajos sobre el Cuarto Evangelio. Ya he leído casi todos los comentarios importantes de los siglos XIX, XX y XXI acerca del evangelio de Juan disponibles en inglés. He buscado artículos acerca de Juan en las mejores revistas bíblicas y teológicas del último siglo. Aun así, sólo he leído una mínima parte de lo que se encuentra disponible.

No tengo ninguna pretensión con este libro. No se trata de un comentario nuevo. Los comentarios eruditos abundan, pero las personas para las que escribo no van a leerlos. El comentario de Bultmann nunca traduce el texto griego, por ejemplo, lo que hace que su lectura sea una verdadera lucha incluso

para mí que sé griego (sin ese conocimiento, sería imposible). El comentario de Raymond Brown *El Evangelio según Juan* son dos volúmenes, con un total de unas mil cien páginas, con una letra muy pequeña y con abundantes notas. El comentario de Urban von Wahlde son tres volúmenes que suman unas dos mil páginas y es sumamente repetitivo. Varios comentarios de finales del siglo XIX y principios del XX se escribieron a dos columnas, como las enciclopedias y los diccionarios, lo que no anima a los lectores más que a hacer breves consultas. Mis lectores quieren conceptos, no datos técnicos ni un recorrido exhaustivo por las diversas etapas de la redacción del libro de Juan. Así que he leído todos estos comentarios por ellos y he intentado desentrañar su significado para ellos. El Evangelio de Juan trata de la vida -vida extensa, vida abundante y, en última instancia, vida eterna-, pero no de la forma típica en que estas palabras se han entendido religiosamente. Veo surgir un nuevo paradigma en el cristianismo, e intento hablar con ese paradigma y basarlo en la tradición, para lo cual someto el Cuarto Evangelio a un nuevo proceso interpretativo. He descubierto que el Cuarto Evangelio es un libro tanto para conocerlo como para vivirlo.

Sin embargo, llegar a este punto, dado el modo en que se entiende la Biblia en la cultura religiosa de nuestro mundo, no va a ser tarea fácil. Los textos de la Biblia han dado pie a tanta superstición y han fomentado tanto miedo en hombres y mujeres que buscaban en la Biblia unas certezas que ni la vida ni la religión pueden dar, que el conocimiento bíblico auténtico es difícil de conseguir. Se deben superar ambos sentimientos para conseguir entender la Biblia. Esta superación, sin embargo, no se logra fácilmente. Las personas religiosas más tradicionales se sentirán amenazadas, atacadas, y hasta se enfadarán, por lo que se opondrán a estas páginas con tantas ganas que incluso desearán hundir la reputación de quienes perciban como responsables de haberles hecho esto. Mientras tanto, quienes, desde hace mucho, han descartado la mayoría de las opciones religiosas como irrelevantes para sus vidas no tendrán ningún interés en adentrarse en un estudio tan complejo, porque no creerán que el esfuerzo para alcanzar las conclusiones a las que podrían llegar merezcan la pena. Quiero invitar a ambos grupos a que perseveren y viajen conmigo mientras busco sentar las bases para una nueva manera de ver el cristianismo y un nuevo modo de leer el evangelio de Juan. Puedo asegurar a mis lectores que para mí el trabajo ha merecido la pena. Espero que a ellos les suceda lo mismo.

Puede que quienes se autodefinen como cristianos tradicionales se escandalicen, e incluso puede que quienes se consideran miembros de la "Asociación de antiguos alumnos de la Iglesia" se sientan muy intrigados, a medida que se enteren, al leer estas páginas, de que fueron varios los autores que, a lo largo de treinta años, escribieron el evangelio de Juan. Por lo tanto,

este evangelio no puede contener, en ningún sentido, las “palabras de Dios” literalmente. También unos y otros se enterarán de que, con toda probabilidad, el Jesús de la historia no dijo ninguna de las palabras que este evangelio le atribuye. Se enterarán, además, de que no ocurrió ninguno de los milagros, llamados “signos” en este libro, atribuido a Jesús. Se enterarán de que la mayoría de los personajes que pueblan las páginas de este evangelio son creaciones literarias o de ficción del autor, y no personas reales que alguna vez existieron. Se enterarán de que las expresiones de una deidad externa que se adentra en nuestra existencia (que es el modo en el que la mayoría de la gente imagina lo sucedido al leer el evangelio al pie de la letra), ni tan siquiera se acercan a la intención del autor de este evangelio.

Con estas palabras, de introducción a mis métodos y de aviso acerca de mis conclusiones, os invito a continuar leyendo para adentraros en el mundo de lo que llamamos el evangelio de Juan.